

LAS MISIONES de la COMPAÑIA de MARIA

INFORME

QUE SOBRE LA REDUCCION DE MONTFORT PAPURI REMITE EL R. PADRE HUBERTO DAMOISEAUX S. M. M. SUPERIOR.

Tengo el alto honor de dirigirme a S. S. Ilma. y por su muy digno conducto, a la M. H. Junta de Misiones, para darles cuenta de los trabajos ejecutados durante los 3 y medio años de existencia que lleva nuestra misión.

Aprovecho la ocasión para exponer en el mismo, aunque con brevedad, los PROYECTOS, las ESPERANZAS que con o sin razón abrigamos y creemos que no muy tarde podrán realizarse, en fin me tomo la libertad de manifestar con toda sencillez las MEDIDAS que me parece urgente tomar para que nuestros esfuerzos no queden estériles.

AGRICULTURA

Como se dijo en un informe anterior, con relación a la AGRICULTURA, no hemos omitido esfuerzo ninguno; tiempo y dinero hemos gastado sin tasa y sin embargo, es forzoso confesarlo, el resultado ha sido casi nulo por 2 motivos: la esterilidad del suelo, primero y después la presencia de la temible y terrible hormiga—arriera que todo lo destruye.

Para combatir el primer defecto era preciso abonar el terreno y esto lo hemos hecho no de una manera general, antes individual, llevando a cada mata el alimento que aquel no le podía dar de sí.

Para contrarrestar el otro peligro, nada nos ha salido eficaz hasta hoy: máquinas, veneno, agua, fuego, todo lo hemos ensayado y todo sin éxito. Es más difícil y costoso preservar una mata que alimentarla.

Es un trabajo espantoso de todos los días, de cada momento. A la luz del día y de la lámpara hemos de luchar contra enemigos que son, legiones y sobre los cuales, por lo mismo, no podemos tener ventaja. Nos queda un recurso largo y difícil, es el de cavar cada cueva y allí ir a destruir a las que tanto nos perjudican. Este medio lo probaremos; permita Dios no quede frustrada esta última esperanza!

Así y todo, nuestra labranza va aumentando de día en día y sea dicho con legítimo orgullo, mejorando, eso porque primero queremos llegar a un resultado práctico; en segundo lugar, pretendemos dar a nuestros fel-

greses el ejemplo de un trabajo asiduo y perseverante, a ellos quienes por naturaleza son enemigos de todo esfuerzo y resolución; tercero porque es preciso dar ocupación a los indios, para que ganen sus vestidos, herramientas, alimentos etc.; el cuarto y último motivo que nos hace perseverar en tan ardua labor es la necesidad en que nos hallamos de proveernos en el lugar mismo de la misión de lo más indispensable para vivir, ya que quedan tan lejos de nosotros los centros como Bogotá y Manaos.

Por esta última razón y teniendo esperanza de conseguir pronto ganado, ovejas y cabras, dimos principio a un potrero que sembramos con pasto artificial y resguardamos con buena cerca.

Hemos venido cultivando todos los años con el trabajo y provecho arriba descritos: ARROZ, MAIZ, PLATANO, YUCA DULCE y BRAVA, y ahora poco, procuramos hacer plantaciones de CAFE, CACAO, COCO, PIPIRE ARBOLES DE PAN, MANGOS, NARANJOS, LIMONES, CAIMARONES, GUAYABOS, MEREYES, hasta matas de UVA. Si, tenemos la VID en nuestro plantío.

Es cierto sembramos de todo y mucho... pero con el objeto de que nos dejen algo de alguna cosa, las hormigas contra las cuales no vale ni el encierro absoluto de cada mata, pues todos los días amanecen varias de ellas destruidas, las que reemplazamos en el acto. Para muestra un botón: de 150 matas de cacao que ya prometían, cuando más sobrevivirán 50 y, gracias a Dios, si de estas últimas nos quedaran de 12 a 20 productivas. Lo propio podría decirse de los naranjos y limones y demás árboles frutales que se siembran por gruesas y resultan unidades.

En una pintura tan negra no es todo sombra. El café no se deja atacar por el enemigo común y hemos tenido el consuelo de ver y saborear ya, las primeras cosechas; más, hemos probado el jugo delicioso de la vid; pero no nos pasó lo de Noé, porque no fueron sino tres racimitos lo que de tan peligrosa (!) fruta alcanzamos a probar cada uno.

Ah! ¡Como les gustan las frutas a los indios!, quisieramos tener de todo y en abundancia para dárselo y así conquistarlos ¡pero qué de dificultades!

Si logramos tener escolares internos, entonces es cuando será preciso contar con tal cosecha para acompañarles el manioco.

FOLLETTIN DE «ECO DE ORIENTE» 34

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potrero sabanero.

CAPITULO IX

Vuelta al hogar.

Gracias a lo poco que se educa a los caballos de mi tierra, muchos somos *cosquillosos*, y siempre que algún objeto tal como reja, correa o bejuco nos toca las patas, experimentamos aquella tirantez nerviosa que nos hace brincar. Yo di unos pocos brinco, pues no estaba para más lozanías, y heché a andar, unas veces a carrera y otras a trote, pero siempre agitado y excitado con el contacto de aquellos arreos, y algo también por la novedad de la situación en que me hallaba, sin-

tiendo la cabeza libre y desnuda, al mismo tiempo que sentía la silla sobre los lomos. Naturalmente tomé el camino más ancho y más trillado, y éste acertó a ser el del pueblo. Mi llegada a la plaza ocasionó gran bulla y conmoción: parece que, enteradas las autoridades de los sucesos de la pizmiencia noche, se estaban ocupando con celo y eficacia en buscar a Garmendía, uno de cuyos colegas estaba ya en la cárcel; yo era muy conocido como caballo del Tuerto, y mi presencia se tuvo por indicio de que él se hallaba en las inmediaciones de la población; y hasta sucedió que, en vista del estado en que yo me presentaba, se formaron diversas conjeturas, que, pasando de boca en boca, tomaron proporciones de noticias. Había en el pueblo quien asegurase que Garmendía, huyendo a caballo por cierto sendero, había

caído y se había quebrado una perrona. Aseguraban otros que el bribón había tratado de atravesar el río por un punto en que era invadable; que se había ahogado y que yo había salido a la orilla con mucho trabajo: la greda de que estaba embardunado hasta las orejas, no dejaba duda ninguna en cuanto a lo acertado de esta versión.

Todo mi cuerpo y todos los arreos que llevaba fueron objeto de prolijo examen, y de todo lo que en mí se pudo observar se sacaron consecuencias más o menos descabelladas.

Yo fui entregado a un vecino a quien el Alcalde nombró depositario, y éste me colocó en un rastrojo en que no faltaban relieves.

Al otro día me llevaron a la puerta de la casa municipal, y lo primero que vi en el corredor que daba frente a la plaza fué la fisonomía de mi buen amo D. Cesáreo, más placida y risueña que nunca, y en